

seres, esa unidad de la naturaleza que ellos desentrañan á fuerza de razonamientos y de abstracciones. He ahí un último camino, aunque escarpado y poco frecuentado sin duda, para alcanzar las cumbres adonde se lanzó de golpe el pensamiento alemán. El análisis metódico unido á la coordinación de las ciencias positivas; la crítica francesa refinada por el gusto literario y por la observación mundana; la crítica inglesa apoyada en el sano sentido práctico y la intuición positiva; y, por último, en un rincón apartado, la imaginación simpática y poética: he ahí los cuatro caminos por donde el espíritu humano marcha hoy para reconquistar las sublimes alturas á que se creía transportado y que ha perdido. Todos esos caminos llevan á la misma cumbre, pero hacia puntos de vista diferentes. El que ha seguido Carlyle, como el más lejano, le ha conducido á la perspectiva más extraña. Voy á dejarle hablar á él, para que diga al lector lo que ha visto.

§ 3.º—SU FILOSOFÍA, SU MORAL Y SU CRÍTICA.

«No es esto una metafísica, ni ninguna otra ciencia abstracta nacida de la cabeza solamente, sino una filosofía de la vida, que tiene su origen también en el corazón y habla al corazón.» Carlyle ha contado, bajo el nombre de Teufelsdröckh, toda la serie de emociones que á ella conducen. Son las de un puritano moderno; son las dudas, las desesperaciones, los combates interiores, las exaltaciones y dolores por cuyo influjo llegaban á la fe los antiguos puritanos: es su fe

bajo otras formas. En él, como en ellos, el hombre espiritual é interior se desprende del hombre exterior y carnal; discierne el deber al través de las solicitudes del placer; descubre á Dios al través de las apariencias de la naturaleza, y, más allá del mundo y de los instintos sensibles, vislumbra un mundo y un instinto sobrenaturales.

I

La característica de Carlyle, como de todo místico, es ver un doble sentido en todas las cosas. Para él, los textos y los objetos son susceptibles de dos interpretaciones: una grosera, asequible á todos, buena para la vida usual; otra sublime, accesible á algunos, adecuada á la vida superior. «¿Qué es el hombre (dice) á los ojos de la lógica vulgar? Un bípedo omnívoro que lleva pantalones. ¿Qué es á los ojos de la razón pura? Un alma, un espíritu, una aparición divina.» «Bajo esa vestidura de carne se esconde un yo misterioso... Se esconde profundamente bajo esa extraña vestidura, entre los sonidos, los colores y las formas, como en una envoltura y mortaja. Y, sin embargo, es una vestidura tejida en los cielos y digna de Dios (1).» «Porque la materia es espíritu, manifestación del espíritu. ¿Qué es lo visible sino un ropaje, una vestidura de algo superior é invisible, inimaginable y sin forma,

(1) *Sartor*, páginas 75, 76, 83 y 259.

oscurecido por el exceso mismo de su brillo?... Todas las cosas visibles son emblemas: lo que tú ves no está allí por cuenta propia; hablando propiamente, allí no hay nada. La materia sólo existe espiritualmente para representar y corporalizar alguna idea. ¿No se ve obligada la imaginación á tejer vestiduras, cuerpos visibles, por cuya virtud se revelan, como si fuesen espíritus, y se hacen omnipotentes, las inspiraciones y las creaciones invisibles de nuestra razón?» El lenguaje, la poesía, las artes, la Iglesia, el Estado, no son más que símbolos. «Símbolos, pues, guían y dirigen al hombre, y le hacen feliz ó desgraciado; símbolos, reconocidos como tales ó no, le envuelven por doquiera. ¿No es simbólico todo lo que hace? ¿No es su vida una revelación sensible del don de Dios, de la fuerza mística que en él existe?» Remontémonos más aún, y miremos al tiempo y al espacio, esos dos abismos que nada parece poder colmar ni destruir, y sobre los cuales flotan nuestra vida y nuestro universo. «No son más que las formas de nuestro pensamiento... No hay tiempo ni espacio; no son más que grandes apariencias», envolturas de nuestro pensamiento y de nuestro mundo. Nuestra raíz está en la eternidad; parece que nacemos y morimos, pero realmente *somos*. «Sabe bien que sólo han perecido y son perecederas las sombras del tiempo, que la sustancia real de todo lo que fué y de todo lo que existe en este momento mismo y por siempre.» Tales y como nos vemos, con nuestra carne y nuestros sentidos, nos creemos sólidos; pero toda esa exterioridad no es más que un fantasma. «Estos miembros (1), esta fuerza tempestuosa, esta sangre viva con sus pasiones ardientes, no son más que polvo y

(1) *Sartor*, páginas 313 y 412.

sombras, un sistema de sombras reunidas en torno de nuestro yo. Dentro de ellas gritamos y vociferamos en nuestras disputas y acres recriminaciones de lechuzas chillonas; pasamos siniestros y débiles y medrosos, ó aullamos y nos revolvemos en nuestra loca danza de la muerte, hasta que el olor de la mañana nos restituye á nuestra morada silenciosa, y la noche, poblada de sueños, se despierta, trocándose en día.»

«¿Qué hay, pues, debajo de todas estas vanas apariencias? ¿Qué ser inmóvil es ese que tiene por «ropaje variable y vivo» la naturaleza?»—Nadie lo sabe; si el corazón le adivina, la mente no le percibe. «La creación se extiende ante nosotros como un glorioso arco iris; pero el sol á que se debe queda atrás, fuera de nuestra vista.» Tenemos el sentimiento, pero no la idea de él. Sentimos que ese universo es bello y terrible; «pero su esencia permanecerá siempre sin nombre (2)». No nos queda sino caer de hinojos ante esa cara velada; el estupor y la adoración son nuestra verdadera actitud. «La ciencia sin veneración es estéril, quizá venenosa. El hombre que no puede venerar, que no sabe venerar y adorar habitualmente, así fuese presidente de cien Sociedades Reales y llevase en su cabeza toda la Mecánica celeste y toda la filosofía de Hegel y el compendio de todos los laboratorios y observatorios con sus resultados, no es más que un par de lentes sin ojos. Vuestros institutos, vuestras academias de ciencias luchan denodadamente, y, entre la infinidad de jeroglíficos inextricablemente amontonados y entrelazados, recogen, mediante diestras combinaciones, algunas letras en escritura vulgar, que

(2) *Pasado y presente*, pág. 76.—*Sartor*, páginas 78, 304 y 314.

juntan para formar una ó dos recetas económicas muy útiles en la práctica.» Pero, ¿creen por ventura «que la naturaleza no es más que un montón de recetas de ese linaje, algún enorme libro de cocina?» Quitate las telarañas de los ojos, y mira. «Verás que este sublime universo, en la menor de sus provincias, es, á la letra, la ciudad estrellada de Dios; que al través de cada estrella, al través de cada brizna de hierba, y sobre todo al través de cada alma viva, irradia la gloria de un Dios presente. Generación tras generación, la humanidad toma la forma de un cuerpo, y, saliendo de la noche cimeria, aparece con una misión del cielo. Después tórnase el enviado celeste, cae su vestidura de tierra, y no tarda en ser, para los mismos sentidos, una sombra desvanecida. Así, como una artillería celeste flameante y tonante, esa misteriosa humanidad truena y llamea en grandiosas filas, en rápidas sucesiones, al través del abismo desconocido. Así, como un ejército de espíritus inflamados, creados por Dios, salimos del vacío, nos precipitamos tormentosamente al través de la tierra y volvemos á hundirnos en el vacío. Pero ¿de dónde venimos? ¡Oh cielo! ¿A dónde vamos? Los sentidos no responden; la fe no responde; sólo sabemos que caminamos de un misterio á otro, de Dios á Dios.»

II

Esa vehemente poesía religiosa, impregnada de reminiscencias de Milton y de Shakespeare, no es más que una *transcripción* inglesa de las ideas alemanas.

Hay una regla fija para *transportar*, es decir, para convertir unas en otras las ideas de un positivista, de un panteísta, de un espiritualista, de un místico, de un poeta, de una cabeza de imágenes y una cabeza de fórmulas. Se pueden notar todos los pasos por donde la simple concepción filosófica llega al estado extremo y violento. Tomad el mundo tal y como le muestran las ciencias: es un grupo regular, ó, si se quiere, una serie que tiene su ley; según las ciencias, no es nada más. Como de la ley se deduce la serie, podéis decir que la engendra, y considerar esa ley como una fuerza. Si sois artistas, abrazaréis de una vez la fuerza, la serie de los efectos y la bella regularidad con que la fuerza produce la serie. Para mí, esta representación simpática es la más exacta y completa de todas; el conocimiento es limitado, mientras no avanza hasta ahí, y cabal, cuando llega ahí. Pero más allá principian los fantasmas que el espíritu crea y con los cuales se engaña á sí mismo. Si tenéis un poco de imaginación, haréis de esa fuerza un ser independiente, situado fuera del alcance de la experiencia, un ser espiritual, principio y sustancia de las cosas sensibles. He ahí un ser metafísico. Añadid un grado más á vuestra imaginación y á vuestro entusiasmo, y diréis que ese espíritu, situado fuera del tiempo y del espacio, se manifiesta en el tiempo y el espacio, que subsiste en todas las cosas, que anima todas las cosas, que en él tenemos el movimiento, el ser y la vida. Llegad hasta el fin en la visión y en el éxtasis, y declararéis que ese principio es lo único real, que lo restante es pura apariencia. Desde entonces os veis privados de todos los medios de definirle; no podéis afirmar sino que es la fuente de las cosas y que no puede afirmarse nada de él; le consi-

sideráis como un abismo grandioso é insondable; para llegar á él buscáis otra vía que las ideas claras; preconizáis el sentimiento, la exaltación. Si sois de temperamento triste, le buscáis dolorosamente, como los sectarios, entre prosternaciones y angustias. Por esa escala de transformaciones, la idea general se hace un ser poético, luego un ser filosófico, después un ser metafísico; y la metafísica alemana, concentrada y caldeada, se encuentra convertida en puritanismo inglés.

III

Lo que distingue á ese misticismo de los demás es que es práctico. El puritano se preocupa, no sólo de lo que debe creer, sino de lo que debe hacer; quiere una respuesta á sus dudas, pero ante todo una regla de conducta; le atormenta la conciencia de su ignorancia, pero también el horror de sus vicios; busca á Dios, pero al mismo tiempo busca el deber. A sus ojos, los dos forman una sola cosa; el sentido moral es el promovedor y el guía de la filosofía. «¿Es que no hay Dios, ó que no hay, á lo sumo, más que un Dios ocioso, sentado desde el primer sabbath á la puerta de su universo, mirando cómo marchan las cosas? ¿No significa nada la palabra *deber*? ¿Es que lo que llamamos deber no es un mensajero divino y un guía, sino un fantasma terrestre y engañoso, fabricado con el deseo y el miedo, con las emanaciones de la

horca y del lecho celeste del doctor Graham? ¡La felicidad de una conciencia satisfecha! ¿Por ventura Pablo de Tarso, á quien la admiración de los hombres ha declarado santo, no reconocía que era el primero de los pecadores? Y Nerón de Roma, el espíritu jovial, ¿no pasaba mucho tiempo tocando la lira? ¡Desgraciado majador de palabras y molendero de razones, que en tu molino lógico posees un mecanismo terreno para lo divino mismo, y quisieras extraerme la virtud de las cáscaras del placer, yo te digo que no!» Hay en nosotros un instinto que dice que no. Descubrimos en nosotros «algo más alto que el amor á la felicidad»: el amor al sacrificio. He ahí la parte divina de nuestra alma. En ella y por ella reconocemos al Dios que, de otra suerte, permanecería siempre oculto para nosotros. Por ella penetramos en un mundo desconocido y sublime. Hay un estado extraordinario en que el alma sale del egoísmo, renuncia al placer, no se preocupa ya de sí misma, adora el dolor y comprende la santidad. Ese oscuro *más allá*, que los sentidos no alcanzan, que la razón no puede definir, que la imaginación figura como un rey y como una persona, es la santidad, es lo sublime. Allí habita el héroe. «Allí vive (1), en esa esfera interior de las cosas, en la verdad, en lo divino, en lo eterno que siempre existe, invisible para la multitud, bajo lo temporal y lo trivial; allí está su ser: su vida es un fragmento del corazón inmortal de la naturaleza (2)». La virtud es una revelación; el heroísmo es una luz; la conciencia una filosofía; y ese misticismo puede resumirse diciendo que, para Carlyle, Dios es un misterio cuyo único nombre es el ideal.

(1) *Sobre los héroes*, páginas 244, 71.

(2) *Ibid.*, pág. 245.

IV

Esa facultad de percibir el sentido interior de las cosas y esa disposición á buscar en las cosas el sentido moral, han producido todas sus doctrinas, empezando por su cristianismo. Ese cristianismo es muy libre; Carlyle toma la religión á la alemana, de una manera simbólica. Por eso se le llama panteísta: lo que en buen francés moderno significa loco ó malvado. En Inglaterra también se le exorcisa. Su amigo Stirling le envía largas disertaciones para atraerle al Dios personal. A cada instante hiere en lo vivo á los teólogos, que hacen de la causa primitiva un arquitecto ó un administrador. Les ofende mucho más aún cuando toca al dogma: considera el cristianismo como un mito, cuya esencia es «la adoración del dolor. Su templo, fundado hace diez y ocho siglos, yace ahora en ruinas, cubierto de vegetaciones parásitas, habitado por criaturas dolientes. Avanza, sin embargo: en una cripta baja, cuyos arcos se componen de fragmentos que amenazan desplomarse, encontrarás aún el altar y la lámpara sagrada que arde eternamente». Pero sus guardianes no la conocen ya. Una prendería de decoraciones oficiales la oculta á las miradas de los hombres. La Iglesia protestante del siglo XIX, como la católica del XVI, necesita una reforma. Nos hace falta un nuevo Lutero. «Porque la Iglesia (dice en su libro del *Sastre*) es el vestido, el tejido espiritual é interior, que administra

la vida y la cálida circulación á todo el resto; sin él acabarían por evaporarse y aniquilarse el cadáver y hasta el polvo de la sociedad. Sin embargo, en nuestro tiempo, esos hábitos eclesiásticos se han roto miserablemente por los codos. Cosa peor aún: los más se han reducido á simples formas vanas, á máscaras bajo las cuales no alienta ya ninguna cara viva, ningún espíritu, donde no hay más que arañas é inmundos escarabajos, atrafagados en horrible montón. Y esa máscara fija aún en vosotros sus ojos de vidrio, con un lúgubre simulacro de vida. Desde hace una ó dos generaciones la religión se ha retirado de ella, y en rincones que nadie ve se teje silenciosamente nuevos vestidos, con que volverá á presentarse para reanimarnos á nosotros, á nuestros hijos ó á nuestros nietos.» Una vez reducido el cristianismo al sentimiento de la abnegación, las otras religiones recobran de rechazo su dignidad y su importancia. Son, como el cristianismo, formas de la religión universal. «Todas encierran una verdad; de otro modo, no las hubiesen abrazado los hombres (1).» No son una impostura de charlatanes ni un juego de imaginaciones poéticas. Son una visión más ó menos turbia del misterio augusto é infinito que hay en el fondo del universo. «El más grosero pagano que adoró la estrella Canopea ó la piedra negra de la Caaba veía allí una belleza, un sentido divino... Canopea, brillando sobre el desierto con su fulgor de diamante azulado (ese extraño fulgor azulado que parece el de un espíritu), penetraba hasta el corazón del salvaje ismaelita á quien guiaba al través del desierto vacío. Para aquel corazón salvaje, en posesión de todos los sentimientos y sin lenguaje para ninguno, aquella estrella Canopea

(1) *Sobre los héroes*, 6, 191-192, 14, 217.—*Pasado y presente*.

podía parecer un ojo diminuto que le miraba desde lo más profundo de la eternidad y le revelaba el esplendor interior.» El culto del gran Lama, el papismo mismo, interpretan á su modo el sentimiento de lo divino; por eso hasta el papismo es respetable. «Que dure (esto es harto atrevido en Inglaterra), que dure mientras pueda guiar una vida piadosa.» Se le llama idolatría; es indiferente. ¿Qué es un ídolo sino un símbolo, una cosa vista ó imaginada, que representa lo divino? «Todas las religiones son símbolos. El puritano más riguroso tiene su confesión de fe, su representación intelectual de las cosas divinas. Todas las creencias, las liturgias, las formas religiosas, las concepciones de que se reviste el sentimiento religioso, son en este sentido *ídolos*, cosas vistas. Todo culto debe cumplirse mediante símbolos, mediante ídolos; podemos decir que toda idolatría es comparativa, y que la peor idolatría no es más que una idolatría mayor.» La única detestable es la huérfana de sentimiento, la que no consiste más que en ceremonias aprendidas, en repetición maquinal de oraciones, en profesión de fórmulas no entendidas. La veneración profunda de un monje del siglo XII, prosternado ante las reliquias de San Edmundo, valía más que la piedad decorativa y la fría religión filosófica de un protestante de hoy. Sea el que quiera el culto, el sentimiento es el que le comunica toda su virtud. Y ese sentimiento es el sentimiento moral. «El único fin, la única esencia, el único uso de toda religión pasada, presente ó futura, es conservar viva y ardiente nuestra conciencia moral, que es nuestra luz interior. Toda religión ha venido para recordarnos más ó menos bien lo que sabemos ya más ó menos bien: la diferencia absolutamente *infinita* que existe entre un hombre bueno y un hombre malo; para mandarnos amar al uno infi-

nitamente, aborrecer y evitar al otro infinitamente, esforzarnos infinitamente en ser el uno y no ser el otro (1).» «Toda religión que no lleva á la acción, al trabajo, puede irse á habitar entre los brahmanes, entre los antinomianos, ó donde le plazca; en mí no tiene cabida (2).» En V., perfectamente; pero la tiene en otras partes. Tocamos aquí el carácter inglés y estrecho de esa concepción alemana tan amplia. Hay muchas religiones que no son morales, y muchas más aún que no son prácticas. Carlyle quiere reducir el corazón del hombre al sentimiento inglés del deber, y la imaginación del hombre al sentimiento inglés del respeto. La mitad de la poesía humana se sustrae á su alcance: porque, si una porción de nosotros mismos nos eleva hasta la abnegación y la virtud, otra porción nos lleva al goce y al placer. El hombre es tan pagano como cristiano; la naturaleza tiene dos caras; varias razas—la India, Grecia, Italia—no han comprendido más que la segunda, y no han tenido por religiones más que la adoración de la fuerza desenfrenada y el éxtasis de la imaginación grandiosa, ó bien aun la admiración de la forma armoniosa, con el culto de la voluptuosidad, de la belleza y de la felicidad.

V

Su crítica de las obras literarias tiene el mismo calor y la misma violencia, la misma extensión y los

(1) *Pasado y presente*, pág. 305.

(2) *Ibid.*, pág. 270.